



LA CARTUJA DE GRANADA.

La toma de Granada fué mas alta ocasion de gloria que el asedio de Iliou y la fundacion de Roma; puede compararse con la religiosa conquista de la ciudad santa.

En aquella yega superior en hermosura á la de Atenas, al pié de aquella ciudad asentada sobre siete collados como la emperatriz de Occidente, sucumbian de un lado los restos de una poderosísima raza que habia echado hondas raices en un suelo que hasta los estrafios abandonan con lágrimas; de otro daban alaridos de triunfo guerreros alentados por el honor, la religion, el sacratísimo amor de patria, mandados por una reina que representaba la civilizacion de las tierras españolas, la justicia, la igualdad, el genio, todo lo grande y todo lo bello.—En lontananza se veia el descubrimiento de la mitad del globo terráqueo, de un camino mas corto para las Indias, la conquista de Africa, la dominacion de Italia y del Mediterráneo, la union de Portugal.

Los descendientes de los ilustres varones que por siete siglos habian ido aumentando sus heráldicos linajes con los pedazos arrancados á la dominacion agarena, vinieron en tropel á este cerco para cojer la última corona cívica. Al lado de Isabel I brillaba una cohorte de caballeros ganosos de fama. Mas entre todos sobresalia Gonzalo Fernandez de Córdoba, Alcalde de los Donceles, guerrero insigne que despues mereció por sus hazañas ser llamado GRAN CAPITAN, título concedido únicamente por la antigüedad á Pompeyo, Alejandro y Carlo-Magno.

No habia talá ni algarada en que no se hallase tan renombrado guerrero, montado en un soberbio alazan blanco, cubierto de riquísima y brillante arma-

dura y con altivos plumajes azules, siempre delante para llamar hácia sí la morisuna. Si algun capitán de alarbes salvaba el foso en busca de un campeón cristiano, allí estaba el Alcaide de los Donceles y no pocas veces se le veia cruzar solo por delante de los puestos avanzados como desafiando las armas arrojadizas y las espadas de los cobardes que trás de murallas se guarecian.

La hora del alba seria cuando una mañana buscando ocasion de aventuras, se paseaba, acompañado de sus dos mas fieles escuderos, por las colinas sembradas de viñas que guarnecian los alrededores de Granada por la parte del Norte y de pronto oyó silvar una flecha tan cerca de su rostro que á tener menos alientos hubiera apartado el cuerpo. Con la presteza del airado, caló visera, enristró lanza y clavó fieramente los acicates á su caballo que partió en acometida. Aunque traidora, no era gente cobarde con quien se las aventó, pues dando salvajes gritos le salieron al encuentro, desde un selvoso recodo de la sonda, cuatro gineteres zегries armados á la lijera. De estos el mas alentado cayó de un bote de lanza (primero que dió Gonzalo) y exhaló el último suspiro pronunciando el guerrero grito de *Alá Achbar!* Trabajó rejido combate luego que fueron llegados los escuderos, pero con ventaja de los cristianos, porque los africanos apiñados en un camino angosto no podian manejar sus lanzones de cuatro varas; buýeron pues, dando suelta rienda á sus corceles. Como leon enfurecido siguióles el alcance nuestro héroe, animando á su caballo con la voz y con las puas. En el escape rapidísimo llegó á los carmenes de Dinadamar, casi tocando siempre á sus contrarios, mas sin poderlos

herir y al tomar una azequia para contarlos, una nube de azagayas, flechas y piedras vino á envolver y á estrallarse en las armaduras de los tres intrépidos castellanos. Alentados eran los escuderos, mas vacilaron.—*Adelante por Santiago!* gritó con voz estentórea que repitió en los montes el valeroso caudillo, y se arrojó en medio de un pelotón de alárbes que cerraban el paso, á pié y á caballo, descubiertos ó guardados por setos de zarzas y sauces. De fuego parecía la armadura del valeroso capitán, iluminada con los rayos del sol naciente y un relámpago su espada que revolvía para defenderse, haciendo mortalmente á los que mas se le acercaban. Enardecida la turba por la heroica resistencia de aquellos tres guerreros redobló sus gritos, su furor, sus ataques y derribado por el alfanje de un zegrí, cayó uno de los escuderos, mientras que el caballo del otro rindió en tierra herido por un fiero golpe en el frontal que le envió un joyan de los de á pié.—*¡a mí, cobardes!* gritaba Fernandez de Córdoba, y revolviéndose para proteger á sus caídos servidores se halló solo, desgonzado el pecho de una pedrada, descompuestas las grevas, fatigado su alazan, rota su lanza y en medio de furiosos enemigos ardiendo en ira y en deseos de vengar la matanza que el caballero había sembrado en su horda. Mas como los rios crecen y talan y destrozan cuando poderoso obstáculo les cierra el paso, nuestro capitán así se alzó sobre los estrivos; derribó de un tajo al que escalaba de herir mortalmente á su escudero y haciendo brincar á su caballo, célebre en el ejército por la resistencia de sus piernas, se apartó de los de á pié, pasó la acogua y salió á escape tendido por los pechos de un monte, mal hiriendo á los ginetes que el camino le cerraron.

Gran clamoreo de indignación lanzó la morería viéndole libre de sus iras, mas como se dirigiera el castellano á las puertas de la ciudad, mientras que dos caballeros le seguían por lo escarpado de la montaña, otro mas cobarde y mas vengativo se dirigió por una trocha para arisar al puesto mas cercano de avanzadas que apenas distaba media milla de la cumbre del cerro.

Nuestro intrépido capitán llegó á la cima del collado y sus ojos descubrieron por la vez primera á Granada, á la Jerusalem de los españoles envuelta en el purpúreo manto de la luz de la mañana. El peligro inminente que allí corría, la agitación del rigoroso combate que acababa de sostener, su incierta fortuna, todo se le olvidó en el punto, y plantando su caballo, levantó la visera y con el corazón lleno de gozo de sagrado entusiasmo se puso á contemplar la *mas hermosa ciudad de cuantas cubija el sol*.—Recorrió con avidez las siete poblaciones cubiertas de las cuarenta mil casas que formaban los cascos de aquella *granada de rubies*; las cuatro ciudadelas; las mil y treinta torres que rodeaban la triple muralla de aquel último atriberamiento de los enemigos naturales de los godos; el cerco de jardines que como corona de rosas cinge la frente de la Damasco española, la verdura sin fin de la vega matizada de alquerías y de pueblos que á nidos de palomas se asemejan; las montañas azules que la cierran y el navado Atlante que envía frescura y luminosos reflejos á este Eden. Despues se detuvo en el Alhambra anillo de cornepipa, cintura de hierro, corona torreada de la montaña cuyas baldas bordan con pasamanos de plata Darro y Genil; en la torre del sol (1) gigante capitel de esta Acrópolis cuyo núcleo eran jardines y un palacio de diamante; en la torre de Louaregh, concha de nacar con armadura de bronce, en el castiello de flores llamado Generalife, palacio de placeres puesto á la frescura de las auras salubres del Darro; en el Alcazaba hermeja (2) donde solo podían penetrar las águilas; en las mezquitas con sus cúpulas de oro ó de estuercado; en el Alhambra coronado por el palacio del sa-

bio Aben-Habuz (1) y de Maria Hurra (2) poblado con la nobleza de raza pura; en el Alcazaba Caduna, gaceta encaramada sobre una montaña que guarda el sombrío barrio de los fieros zenetes echado á sus pies; es la ciudadela antigua con los muros góticos y romanos, en la circular vanguardia de atalayas que con sus hogueras, cual telegrafos de fuego anunciaban la proximidad del enemigo. Llegaban á Gonzalo el majestuoso murmullo de la ciudad que comenzaba á despertarse, el susurro de la corriente de sus rios, el aura de sus jardines, los trinos de sus ruiseñores, el bullicioso piteo de las golondrinas que en sus tejados anidaban. Como Godofredo de Bullon, dejó el caballo, hincó humildemente las rodillas, levantó su alma á Dios y estendió entrambas manos como para tomar posesión en nombre de Castilla y de la religion de Jesus de todas aquellas tierras y sus ojos se inundaron de lágrimas.....

Al mismo tiempo cayó á su espalda con estruendo un cuerpo muy pesado y reponiéndose vió á su caballo, que fatigado por la carrera y debilitado por la sangre que de todas sus heridas salía á torrentes, estaba en tierra moribundo; mirándole con noble cariño y aguzando sus orejas para anunciarle por última vez el peligro cercano.—Así era, los dos ginetes que le siguieron tocaban la cumbre y una gruesa patruilla de Zenetes sobre por el lado opuesto anhelosa de rebarse en su sangre.

Los ánimos del caballero cristiano no se rindieron, veloz como el pensamiento, apretó como si fueran de masa los goznes de su peto, para mejor defenderse, embrazó su escudo, atravesó delantero el cadáver de su alazan y enclavó sus robustas espaldas en una poderosísima encina que el cielo le ofreció. Un segundo tardaron todavía sus enemigos en montar á la meseta del cerro y en este tiempo el caballero encomendó su alaja al Criador y ofreció en solemne voto fundar en aquel sitio un monasterio para recuerdo de lo visto, en agradecimiento tambien si salía con vida de tan duro trance. Antes que terminase la plegaria diez lanzas acrojadas vinieron á clavarse en la encina, ó resbalaron en su templada armadura; mas por especial providencia de Dios, adelantóse á todos los Zenetes un negro feroz montado en bríosísimo alazan; el Alcaide de los Donceles avisado en ardides, le arrojó una de las azagayas que tenía á sus pies, le pasó, le derribó del bruto con hiezeza y saltando sobre la elevada silla recibió á los que subían con la espada en alto; mas no se libró de un poderoso tajo que le dividió el escudo y le desgarneció parte del hombro.—Todos le rodearon y los filos de los alfines, las puntas de los lanzones formaban espesa muralla delante de su cuerpo, su destreza en las armas era ya inútil, sus fuerzas estaban agotadas.... Oyóse estruendo de caballos al norte y luego la voz potente de un cristiano que gritaba—*Perros! diez contra uno!—A mí que soy Fulgar!*—Un corte en el almete había deshecho el morrion del Alcaide y apareció su rostro de espresion ardiente, sombreado de negros cabellos á la vista de los africanos.—*Gonzalo de Córdoba!* Dijo un renegado muzárabe reconociéndole y al mismo tiempo cayó tras-pasado por la terrible lanza de Fulgar el de las Hazañas. Agitados de pánico terror huyeron los combatientes que restaban pronunciando como espantados de su propia temeridad, los nombres *Gonzalo de Córdoba! Hernando del Pulgar!*

Dado el alcance hasta las mismas puertas de la ciudad, nuestros guerreros se abrazaron con íntima efusion, estrechando el nudo de su amistad, de muy antiguo enlazado, y regresaron al campo de Castilla despues de recoger á uno de los escuderos de Gonzalo que se agitaba exánime entre los moribundos.

Hizosa pública esta aventura y cuando despues el P. Juan de Padilla vino del Pautar para fundar una casa en Granada, el Gran Capitan trató con él, en

(1) Hoy se llama torre de la Vela. [Véase *Historia del Rey de los Mor.*]

(2) Torres hermejas

(1) Hoy se alza sobre sus cimientos la Casa de Luna, vulgarmente La Luna.

(2) Este palacio que perteneció á la Madre de Bobadilla forma parte en el día del convento de Santa Isabel la Real.

cumplimiento de su voto y el mes de noviembre de 1543 le donó el sitio de la promesa que es lo que hoy llaman *Golilla de la Cartuja*, y con él las huertas de la Alcaudía, y se comenzó la obra (1).—Tres monjes vinieron de las Cuevas de Sevilla, pero fueron degollados una noche por los moriscos y la fábrica quedó abandonada. De nuevo Gonzalo Fernandez escribió al Pauler para que fundase un poco más abajo puesto que tanto miedo tenía á las alturas y le prometió abonar también los gastos. En 1546 se comenzó la iglesia del edificio que nos ocupa y en el siglo XVII se concluyó el monasterio, siendo engrandecido y adornado en el siguiente, el claustro, el coro, la sacristía y últimamente la fachada exterior que ofrecemos á nuestros lectores tomada desde el deliriosísimo compás de madreselvas que la precede. En 1843 ha demolido el propietario D. N. Mendez toda la parte gótica de este edificio y hubiera continuado su obra de devastación á no ser por un real decreto que espresamente lo prohibió.

Sobre una escalinata anchurosa y elegante está la portada de la iglesia sencilla y proporcionada á la soledad y melancolía que inspira aquel recinto. Fué trazada por Heramos y su hermano el escultor hizo la estatua que es copia del famoso San Bruno que antes se veía en la calle de Alcalá sobre la posada de su nombre y que ahora se guarda en la Academia de nobles artes. El *claustro grande* tiene 76 arcos sostenidos por columnas toscanas y están cerrados sus claros dejando para lucos lumbreras con calados que dan á las crujeas una misteriosa claridad. Este claustro estaba lleno de pinturas del lego Lotan, notables en las perspectivas lineales y de agradable colorido, hoy está cubierto de escombros. El area de este patio poblada de arroyones, de palmeras, de sauces y de cipreses era el sagrado campo donde cada uno de los monjes cavaba su fosa. Una cruz de hierro señalaba la del último que había entregado su alma á Dios. Antes de salir á la iglesia viniendo del claustro está el refectorio en cuyo testero hay pintada una cruz sencilla con tres clavos, herida de la luz natural que entra por una ventana del costado y tan bien fingido está el artificio que hasta los inteligentes se engañan creyéndola de bulto; es obra de Lotan.

La iglesia tiene una sola nave y está rellena de follajes y adornos churriguerescos pues los de la antigua fábrica se rasparon. Muchas obras de arte se encerraban en este recinto que destinaron á Museo los gobernantes cuando la invasión francesa de este siglo; hoy muy pocas se han salvado de la voracidad de los especuladores y solo podemos citar siete lienzos de á cuatro varas en el cuerpo alto de la nave de la iglesia, pintados por Atanasio Bocanegra y una graciosísima Virgen del Rosario en un altar; dos cuadros apaisados de Conrado Maquinto, y seis de Sanchez Lotan. Las puertas del coro son de preciosísima ensambladura, embutidas de concha, nacar y marfil con molduras de ébano; en la sacristía hay tambien tallas para los ternos del mismo trabajo y toda la obra de esta clase fué hecha por un lego cartujo llamado Fr. José Vazquez. La estatua de la Concepcion que hay en la capilla mayor es de José de Mora.—El *Sacra Sanctorum* adornado por el famoso D. Francisco Hurtado Izquierdo es de gran bato y riqueza; pero de pésimo gusto. Los frescos son de D. Antonio Palomino, autor del *Museo pictórico* y los seis cuadros de los lados tambien estan firmados de su mano; las estatuas son de Mora y los niños de los follajes de Risueño. La sacristía es una pieza espaciosa, rica en su ornato y churrigueresca en todo. Los buenos mármoles de Lajarón, Málaga, Loja y Macael estan muy prodigados. Antes habia unas cabezas magnificas pintadas por Zurbaran, en 1845 fueron robadas, hoy solo quedan una Concepcion en cobre que pasó por de Murillo, aunque nosotros no lo sostendremos, un Cristo de Cano, y otros cuadrillos que son de otro Morales algo parecido al divino en lo lastimado y seco de sus Cristos.

1) Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada—Antigüedades y excelencias etc.*—Gacetas del P. Chico.—En todas estas obras más ó menos explicitamente se refiere el hecho que acabamos de narrar.

Es amenísima la situación de este monasterio de Cartuja cercado de olivares, y rodeado de grandes y corpulentos cipreses que convidan á la meditacion y al recogimiento. Su huerta es sentinosa. Véase cerca de él los vestigios del gran estanco ó naufragio florente de los moros hacian sus juegos navales y las ruinas del modesto albergue donde se retiró el insigne Maestro Antonio de Nebrija.

En el día la *golilla de Cartuja*, sitio donde como hemos dicho, tuvo lugar el combate que dió margen á la fundacion del Monasterio (hoy convertido en ayuda de parroquia) es segun el pueblo morada de duendes y vestigios: cuentan las viejas del barrio florente que allí se oyen los sábados el revolver de las brujas y el sonido de sus panderas porque este es el lugar de sus conciliábulos.

J. JIMÉNEZ SERRANO.

DON PEDRO DE CASTILLA Y SU PRIVADO.

(Conclusion.)

Es pues el caso que D. Juan Alfonso de Alburquerque criaba en su casa bajo la tutela de Doña Isabel de Meneses, su mujer, una jóven de extraordinaria hermosura y en extremo discreta, como se puede juzgar por el influjo y dominio que conservó hasta su muerte sobre las pasiones y el carácter inconstante de aquel voluble monarca.

Alojóse el rey antes de asediar á Gijón en casa de Alburquerque, donde vió y se enamoró de Doña María de Padilla, que así se llamaba la jóven, y este fué el estudiado incidente de que hemos hecho mencion, preparado por el valido para fijar la rueda de su fortuna; mas adelante veremos cuan errónea le salió la ilusion de tan grato pensamiento, puesto que tenia la Padilla varios parientes que era preciso elevar hasta los pies del trono, donde no los podría ver el favorito sino con desden y de reojo. Ello es que por intervencion del privado, de aquel hombre sin virtud, el tío de la noble doncella D. Juan de Hinesrosa, sacrificando sin titubear el honor de su familia echó á su sobrina en los brazos del rey su amante, continuando así estas relaciones hasta la muerte de Doña María para gran desventura del reino.

Pocos meses después de formada esta conexion ilícita D. Pedro accediendo á los deseos de las córtes juntas en Valladolid, envió á Francia una embajada para pedir por esposa á una princesa de la estirpe real de aquella tierra, siendo la elegida Doña Blanca de Borbon.

Arregladas que fueron las cosas de Asturias, partió el rey para Andalucía por los disturbios que allí promovía D. Alonso Coronel contra quien animaba al valido una secreta saña algun tanto justa. Cercóle el rey en la villa de Aguilar donde se habia hecho fuerte y requiriendo los muros y barreras fuéle dicho por Gutier Fernandez de Toledo el aprieto en que se hallaba, y que no habia medio alguno de salvacion, á lo cual contestó Coronel: *solo hallo uno y es el morir como caballero*. Respuesta digna de un hombre de aquellos tiempos en que el honor lo era todo.—

Entró por fin D. Pedro á viva fuerza en Aguilar y haciendo que le llevasen á su presencia á Coronel le salió al encuentro anticipadamente Alburquerque diciéndole con una complacencia irónica: *¿Qué perfo ja-*

preguntó D. Alonso tan sin pró siendo tan bien andante en estos reinos? á la que respondió con entereza Coronel: D. Juan Alfonso ésta es Castilla que hace los hombres y los

gasta. No ignoré mi riesgo pero la ventura que á vos os sobra me falló á mí. Después de esta respuesta, los ministros ejecutores le cortaron la cabeza como también



Muerte de D. Alonso Coronel.

la de un sobrino suyo y otras muchas de la primera nobleza. Dia fué aquel de horrible matanza en el que Alburquerque vengando resentimientos personales azuzaba la saña del rey en cuenta de irle á la mano precipitándole á pasos ajigantados en un piélagos de sangre....

Recibió D. Pedro en Torrijos la nueva de que Don Juan de las Rodas obispo de Burgos, y D. Albar Garcia de Albornoz estaban ya de vuelta de su ida á Francia con Doña Blanca de Borbon, á quien tan infeliz estrella aguardaba en Castilla, llegando á Valladolid empezado el año de 1353 y trajo á esta á Valladolid hacia donde fué asimismo D. Pedro con repugnancia, dejando en Montalban á la Padilla y el alma con ella. Pesóle en extremo tan pronta venida por estar prendado de su dama con quien acababa de tener una hija y propuso dilatar las bodas dando largas para efectuarlas tarde ó nunca, mas Alburquerque que comenzaba á estar celoso de las mercedes hechas á los parientes de Doña Maria, usó de todo el poderoso influjo que aun tenia sobre su señor instándole á que dispusiese la solemnizacion del matrimonio con Blanca, pintándole la necesidad del casamiento y aduciendo para convencerlo todas las razones de estado que estuvieron á su alcance. Accedió por fin el rey no sin gran contentamiento de Alburquerque, que entrevió una nueva senda por donde poder derrocar á los parientes de la Padilla que tanto ascendiente habían tomado durante su permanencia en Portugal por arreglo de asuntos entre los dos reyes.

Partió D. Pedro á Valladolid encontrándose en el

camino con D. Enrique y D. Tello, con tanto aparato de gentes que mas parecia venían con ánimo de guerra que á presenciar sus bodas, por lo que mal enojado mandó juntar sus ginetes proponiéndose á instancias de D. Juan Alfonso concluir con ellos. A este tiempo recibió el rey un emisario de los dos hermanos que le propuso: «que de ninguna manera se entregarían á su merced mientras D. Juan Alfonso permaneciese á su lado, pues sabian con cuanta astucia y perfidia mandaba en todo el reino y aun en su corazón.» Contestó á esta razon Alburquerque como que estaba presente, con mucho enojo y destemplanza, de modo que los ánimos se encontraron mas y mas escepto el rey D. Pedro que ya no se hallaba con gana de venir á las manos y envió comisionados á sus hermanos para que se entregasen bajo el sagrado de su palabra. Diéronse por fin á partido mediando mucho en los contratos D. Juan Gonzalez de Bazan persona astuta convenida con D. Tello, D. Enrique y los parientes de la Padilla para derrocar á la vez al poderoso valido.

Arreglado el laberinto de estos attercados, se abrazaron el rey y sus hermanos. Tuvo pecho D. Alfonso para finir alegría aunque vió en la alianza de todos el preludio de su caída.

Partieron al fin en comunión y amistad á Valladolid donde se efectuaron las bodas con el mayor lustre posible en Junio, siendo padrino Alburquerque y mandaba la reina Doña Maria de Aragon. Fueron estas desafortunadas un lunes y al siguiente dia ya tenia dada orden D. Pedro para partir el miércoles á Montalban donde se encontraba la Padilla. Gran-

de fué el escándalo y el ruido que esta precipitada maraca causó en Valladolid y en todo el reino, que ni los ruegos de la reina, ni las lágrimas de su esposa ni los consejos del favorito fueron bastante á impedirle. Tal era el fuego destino que le impelia á correr desatado en pos de tan funesta pasión... Partió como tenía ordenado á Montalban seguido de sus dos hermanos y de una gran parte de la nobleza, quedándose Alburquerque asaz pesaroso de ver á sus mayores enemigos en la confianza y valimiento del rey y abrazando la única causa que le restaba, fuese á consolar á las dos reinas que resolvieron enviarle con cartas de embajada á D. Pedro para manifestarle el alboroto que había causado el mal porte para con su esposa Doña Blanca, mal que se podría remediar con su pronta vuelta á la corte. Partió pues acompañado de alguna nobleza compadecida de la jóven desposada y habiendo llegado á Almoroz se encontró con un mensajero del rey que en un largo preámbulo le manifestó la necesidad que padecía de su persona lo entorpecidos que andaban sus negocios pues los parientes de Doña María no eran entendidos en el gobierno civil y militar lo suficiente; que por lo tanto acelerase su marcha pero dejando áquel séquito que para nada le servía y podía dar con él temores á D. Pedro. Era de suyo Alburquerque de entendimiento claro, y como todos los cortesanos, suspicaz en demasía, por lo que se receló algun tanto de tan lisonjera embajada acabando de confirmarse en sus sospechas por voces esparcidas entre los criados del emisario. Supo además, como en palacio se habían despojado todas sus hechuras y dado los empleos á los parientes de la Padilla con quienes no podía ya transijir su corazón. Con todos estos temores envió un mensajero que le espusiese los motivos que le impedían ir á besar sus reales manos. Contestóle nuevamente el rey aferrándose más en su primer propósito y para desvanecer sus sospechas le envió cartas donde le aseguraba de su sincera y franca amistad; mas á pesar de todo se retiró desconfiado por los ocultos avisos que de la corte recibía.

Supo con pesar D. Pedro que D. Alfonso se retiraba seguido ya de gran número de caballeros que se aumentaba de día en día por ser el partido de Doña Blanca representado en Alburquerque, el mas justo y mas humano. Bien lo conocían los parientes de Doña María puesto que le aconsejaron al rey partiera á Valladolid á verse con su esposa, lo cual verificó no sin repugnancia permaneciendo allí solos dos días y dejándola con nuevo escándalo para nunca mas volver á verla. Mandóla encerrar en el castillo de Arévalo donde á nadie ni siquiera á la reina madre se dió permiso de verla.

Achacóse comunmente en aquellos rudos tiempos el odio que tenía D. Pedro á la reina su muger á hechizos que la Padilla le había dado. Contábase que un cinto ó cinturón riquísimo todo de oro cuajado de piedras preciosas enviado por Blanca á su marido se había transformado de súbito en una serpe venenosa. Los verdaderos hechizos eran su belleza y donaire y sobre todo su discrecion que bastaban para hechizar á un hijo cuanto mas las pasiones arrebatadas del rey D. Pedro, porque al decir de un cronista *sabía negarle blandamente al rey lo mismo que deseaba concederle, haciéndose desear despues de poseida con unos re-*

atos mentidos que llamaban la voluntad cuando la despidian; habilidad en que la confiesan algunos tan naturalmente diestra que la supo en su doncelez sin enseñanza.

Despues de su ida á Valladolid insistió otra vez el rey enviando nuevos emisarios á D. Juan Alfonso con pliegos de condiciones para que volviese á su servicio, pues le ofrecía su amistad dejándole en pacífica gace de sus posesiones en Castilla pudiendo además vivir en ella ó en Portugal segun fuese su voluntad; que no habia de hacer hostilidad alguna en sus tierras, y finalmente que le enviase para seguridad del pacto á su hijo D. Martin Gil en rehenes.

Despues de tantos temores y desconfianzas, increíble se nos hace como Alburquerque aceptó á la letra estas condiciones. Véase hasta que punto le arrastraba el deseo de mandar... Antes de ir á ponerse á los pies del rey pasó á Tordesillas, donde moraban las reinas Doña María y Doña Blanca, casualidad ó precaucion que le valió la vida pues allí supo como los designios de D. Pedro eran cojerle desprevenido á él y á sus amigos para concluir con ellos, por lo que determinó pasarse inmediatamente á Portugal pesaroso de haber venido en semejantes condiciones y sobre todo de haberle entregado á su hijo heredero con otras muchos caballeros que debieron sus vidas á la Padilla que mas de una vez iba á la mano á las crueldades del rey.

Tocamos ya por fin al último periodo de la vida de Alburquerque, periodo en el que cayó del valimiento para no volver á alzarse jamás, siendo esto lo que suce de precisamente á todos aquellos que no cimentan su poder en la humanidad y el amor á sus pueblos, sino sobre el orgullo y el despotismo, puesto que había gastado el tiempo de su privanza en perseguir á todo aquel que le pudiera hacer sombra, sin hacerse cargo de lo poco que hay que fiar en valimiento de los reyes y mucho menos en el del inconstante D. Pedro. Pasó como hemos dicho á Portugal á ponerse bajo la proteccion de aquel rey su pariente, mas en tanto D. Pedro no se estuvo ocioso, sino que arremetió á sus villas y castillos, taló unos, estrellóse su furia en otros y no consiguiendo al fin su completa venganza envió emisarios al rey de Portugal su abuelo para que le prendiese. Llegaron estos el día que se celebraba sus bodas el marqués de Tortosa, hijo del rey de Aragon con la infanta Doña María y habiéndolos conocido Alburquerque y el objeto á que venían, acercándose á ellos trató de vindicarse en presencia de la corte con un largo discurso de las inculpaciones que se le hacían, á todo lo cual contestaron los emisarios y tornó á replicar D. Alfonso alborotándose los ánimos en tal manera que hubieran venido á las manos á no estar presente el rey, que metiendo paces, se dirigió á los embajadores diciéndoles en alta voz: *Direis al rey mi nieto que el ajuste de estas materias queda por mi cuenta que yo procuraré quede satisfecho D. Juan Alfonso Alburquerque sin olvidarme de que tiene sangre suya.*

Tornaron con esta embajada, á D. Pedro y viendo el infante D. Enrique y demas hermanos declarado al rey de Portugal en favor de Alburquerque, trataron de ganarle por amigo, cansados ya de la inconstancia y duro trato de su hermano; igualmente lo intentaron con D. Juan Alfonso que vino en ello, creo que apremiado por la imperiosa necesidad de las circuns-

tancias. Tuvieron sus vistas en tin lugar cercano á Badajoz donde arreglaron el modo de hacer la guerra á D. Pedro para lo cual les entregó Alburquerque gruesas sumas de dinero, el Castillo que llevaba su nombre y otros varios pueblos y fortalezas, de modo que entrando en seguida los infantes por las Castillas encendieron con la rapidez del rayo una guerra civil

atroz y asoladora que esparció la angustia y el conflicto por todas partes y apoderándose de las villas, castillos y ciudades, vinieron á las manos simultáneamente con los parciales de D. Pedro que cada vez llevaban lo peor de la guerra. Cerró este lleno de ira sobre segura con gran parte de sus fuerzas, estrellándose allí contra D. Fadrique su hermano que defendió



Muerte de D. Fadrique.

con valor su alcazar, por lo que despedido el rey le privó del maestrazgo dándolo en seguida á D. Juan García Villagera hermano de la Padilla.

Prósperas iban las cosas de Alburquerque cuando una muerte inesperada le vino á atajar en Medina del Campo las quimeras de sus ambiciosos proyectos. Cinco años no cumplidos fué la duración de su privanza; siendo corto el intervalo que medió entre su vida y su muerte. Fué común opinion entonces que había sido envenenado por su médico á ruegos de D. Pedro, mas nosotros no pretenderemos en manera alguna dilucidar aqui una cuestion que á nada conduce pero si concluremos con el parecer de Marina, por si acaso su autoridad tiene parte con algunos fuerza, siendo ademas en un todo conforme con el del cronista Ayala: *murió con yerbas que le dió en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese por sus contrarias y en gracia del rey.*

Mandó en su testamento que no dieran tierra á su cuerpo interin las cosas de Castilla no se arreglaran, y así lo ejecutaron trayéndolo en unas andas y hablando por el murió en todas las juntas Ruy Diaz Cabeza de Vaca su camarero mayor. Ridicula cerimonia pero muy conforme á la atrasada cultura de aquellos rudos tiempos.....

No mucho despues le enterraron en el monasterio de la Espina de religiosos Bernardos, con toda

la pompa de un rey, asistido de la nobleza portuguesa y gran parte de la española como que había llegado á alcanzar grandes heredamientos de Castilla.

No es posible negar que el rey D. Pedro de Castilla fué provocado á menudo y atrocemente rebelándose los nobles y ricos hombres por la causa mas leve y á veces sin motivo alguno. Pero sino puede ser acusado con razon este monarca de haber mandado quitar la vida á quien para ello no le hubiere dado algun motivo, urdiendo contra él tramias secretas ó rompiendo en rebelion declarada, tambien se debe decir que por la barbarie en los suplicios, muchos de ellos aconsejados por su privado; por la doblez en trazar con frialdad la perdicion de aquellos á quienes había sujetado prometiéndoles perdon con solemne juramento, por su páfida maña y habilidad en hacer como promesas juradas y halagos caer en sus manos á sus enemigos sin descontar ni aun á sus mas cercanos parientes, bien merecido tiene el nombre que llevó y lleva de Cruel, como tirano y sanguinario.

De la lijera reseña que hemos hecho se deduce la culpa que le cabe á Alburquerque en los disturbios y primeros extravios del rey D. Pedro. Su orgullo y su ambicion descontentó á todos y envolviendo al rey en los mismos resentimientos y venganzas que á él le animaban, le precipitó en aquella guerra atroz y sangrienta que sostuvo con sus poderosos vasallos, siendo fácil batcionar sus consecuencias en aquellos tiem-

pos en que el trono era débil y fuerte la nobleza que inespugnable en sus castillos burlaba las más santas leyes y el poder más vigoroso. El privado fué el que contribuyó á derramar la inocente sangre de Doña Leonor de Guzman, de Coronel y de Garcelana, sangre que ramificada por las primeras casas del reino debía precisamente hervir en los pechos generosos para ser vengada más tarde. Alburquerque fué también quien proporcionó al rey aquellos desatinados amores que habían de poner más adelante el sello á inauditas crueldades y que promovió una guerra justa pero no dictada por la buena fé y el

convencimiento sino por una nueva ambición, por un deseo de vengar en los Pañillos las pasadas ingratitudes; ¡era tarde! y aquella falanxe de enemigos consiguió derrocarla para subir al poder y mandar sin estorbo, protegida por la astuta concubina del rey, dueña hasta de sus más íntimos pensamientos, de modo que si antes lo había sido de uno, fué entonces presa de muchos lobos aquel sanguinario Leon que andando el tiempo saltaría del trono al rudo embate de un puñal fratricida, dejando en las gradas desgarrado el manto, rota la corona y legando una página de horror y sangre á nuestra historia.



Muerte de D. Pedro.

HISTORIA DE UNAS ERRATAS.

Una de las cosas que más tormento me da en mi ocupacion de escritor es cabalmente las que menos se luce en mis escritos, la malhadada correccion de pruebas. Mis cajistas y yo estamos renegando continuamente, ellos echándose en cara mi pésimo carácter de letra, y yo acusándolos de falta de cuidado en la composicion de mis manuscritos. Yo no sé de que parte está la razon; pero sí diré que unos y otros la podemos tener. Sea de esto lo que quiera, pues la solucion de este punto nada interesa al lector, no tiene duda que el oficio de corrector de pruebas es el más incómodo y el más divertido del mundo. Las cosquillas hacen reír y rabiar á un tiempo: lo mismo me sucede á mí con los disparates del molde. ¿Si le sunderá otro tanto al lector con los disparates que se le escapan á mí? En todo caso, bueno es tener un oficial de imprenta á quien poder echar la culpa, diciendo que son erratas que se le escaparon á él. Mas de cuatro veces han adoptado este recurso algunos escribidores, y con esto han hecho callar á sus críticos. Yo por mi parte protesto que echaré mano de él cuantas veces me sea posible. No faltaba otra cosa sino que se me hiciera responsable de los adjetivos mal colocados, de los epítetos inútiles, de las locucio-

nes viciosas, de las inversiones violentas, y de otros deslices sin cuento, en que pueda caer mi pluma, cuando con decir «son erratas de imprenta» salimos del paso.

Volviendo ahora á mi asunto, digo que hay algunos cajistas tan torpes y tan almas de cántaro, que es imposible al mismo demonio cometer iguales vicerversas y *quid proquos*. Esto consiste en que se ponen á componer cuando apenas saben deletrear, parecidos en esto á los que se echan á escritores sin saber leer, ó á críticos de las producciones ajenas sin entender una jota de lo mismo que critican. A uno de esos barbarotes soy sin embargo deudor de mi mayor acierto literario. No hay mal que por bien no venga.

El cajista que yo tenía hace cuatro años, era un pobre viejo, tan adelantado en edad como avanzado en la lectura, el cual había dado en la gracia de leer lo que yo no había escrito, y esto me daba á los diablos. Mi letra entonces era clarísima, y no podía achacarse á culpa suya lo que sin duda era efecto de la refraccion de la luz, porque es de sabor que el bueno de mi cajista gastaba anteojos; y nada tenía de extraño que los caracteres trazados por mi pluma sufriesen notable alteracion al través de la pantalla ocular. Esto, unido á lo mucho que le temblaba el pulso, acababa de completar la fiesta, pues más de cuatro veces llevaba la mano á la caja donde estaba la Y y se le iba á otra donde estaba la G; figúrese el lector si era cosa

de poderle confiar la palabra *cayado* á otra por el estilo.

Ocurrióme entonces lo que á todo jóven le habrá ocurrido en estos últimos tiempos, escribir una composición dramática. ¿Qué se necesita para ello? Pluma, papel, tintero y audacia, y escusado es decir que yo tenía todo eso como cualquier hijo de vecino. El romanticismo me aborrecía el trabajo de discurrir un plan, y con esto tenía la mitad del camino adelantado; así es que ocurrióme la idea, y ponerla en ejecución, todo fué obra de un momento. El drama me salió á las mil maravillas, quedando yo tan satisfecho de mi obra, que no habiéndamela querido admitir en el teatro, y no hallando editor que me la quisiese comprar, determiné imprimirla á mis expensas.

Llevé pues mi drama á la imprenta, y pasó á la jurisdicción del cajista. Teniendo yo que ausentarme por unos días, confié la corrección de pruebas á uno de mis mejores amigos (aunque enemigo mortal de mi drama, como vds. verán despues), encargándole que mirase el asunto como si fuera cosa propia. Mi ausencia duró mas tiempo del que yo había creído, imprimiéndose en tanto el drama de cabo á rabo. Cuando volví, lo primero que hice fué dirigirme á la imprenta. Allí me dijeron que la edicion estaba corriente, y que mi amigo había empacquetado todos los ejemplares, remitiéndolos á mi casa. ¡Qué satisfacción! ¡qué placer! ¡tener mi drama impreso, en letras de molde, con mi nombre al frente! Esa alegría es superior á cuantas pueden espermentarse. Pero... ¡ah! yo no había nacido para probarla.

Llego á mi casa, pido la llave de mi cuarto: desempaqueto mis dramas, tomo uno en la mano, lo hojeo con avidez, y... ¡qué horror! lo primero que veo es una errata como un camello. En NUESTRO PLATO, *drama en cinco actos*... Este no es mi drama: exclamé: el título era *PLATOS*, que no *PLATOS*. Pero sí, mi drama es, porque mi nombre está aquí... ¡Gran Dios! ¿Cómo se le ha escapado á mi amigo un erraton semejante? Mire vd. que tiene beñoles! Ah cajista de los demonios!!—*La escena representa un contrabajo*...—¡Santo Dios!—*con puerta en el forro*...—¡Virgen de los Desamparados! ¿Si habrá escrito algun desatino en el original? Pero no... bien claro dice aquí, un *cuarto bajo con puerta en el fondo*...—*Larra perece en el tocador*... ¿Qué demonios es esto? Aquí me han puesto *Larra* en lugar de *Laura* y *perce* en vez de *aparece*. Pues no digo nada con lo que sigue detrás.—*segunda l. Laura y Estola*—Pase la de *Estola* por *Estela*, porque al cabo todo es una o por una e... pero *esquina* en lugar de *escena*. Es cosa de colgarse un autor.—*Señorita os voy á dar un conejo*...—*Consejo* será que no *conejo*... ¿Habrá diablura como ella? Está visto; mi cajista estaba escumalgado en la composición de esta página.—Veamos otra.

Abrió el drama por donde primero me ocurrió, y al ver en la primera línea *Mis rivales son machos*, en lugar de *son muchos*, no tuve ánimo para proseguir leyendo aquella plana, y busqué otra. Aquello era otra cosa... ¡qué corrección, qué esmero! Mi amigo había intervenido allí... ¿Pero que diablitos dice este último verso?

*En este torreón, amada mía,
Estaremos seguros contra incendios.*

El original decía *contra viento*, y en esta palabra consistía á mi modo de ver el éxito del primer acto. Júzgame si me quedaría mortal al ver una alteracion tan monstruosa.

Y así seguía todo el drama, plagado de tantos y tan formidables desatinos, que era imposible leerlo. *Tapones* en vez de *te opones*; *hacer puertas* por *hacer apuestas*; *serrar los palos de la ventana* por *cerrar los pasos de la ventura*; *calderos* y *cirios* en lugar de *cableos* y *asirios*... Aquello era una Babilonia, sin contar por supuesto las comas omitidas, los puntos fuera de lugar, las letras vueltas al revés, las líneas mal regleteadas, etc. etc. Pero lo que mas me indignó fue el final del último acto. Decía así el protagonista al espirar, es decir, en

el manuscrito, que lo que es en el impreso no había semejante cosa.

A Dios, amigo... el tósigo me dice
Que la vida se acaba... ¡Amigo mío!
Ven á mis brazos, ven... Muero contento
Porque muero por ti... Sudores frios
Corren ya por mi frente... ¡Ay que sudores
Tan terribles, gran Dios! Ese abatido
Aspecto que me muestras... ¡Ay! yo muero...
Y me dan... movimientos... convulsivos.

El final no podía ser mas patético, ni podía retratar mejor la agonía de un envenenado. ¿Y qué es lo que hizo el cajista?

A Dios, amigo... el tósigo me dice
Que la vida se acaba... ¡Amigo mío!
Ven á mis brazos, ven... Muero con tiento
Porque muero por ti... Sudores fritos
Corren ya por mi frente... ¡Ay que asadores
Tan terribles, gran Dios! Ese abatido
Abierto que me muestras... ¡Ay! yo muero...
Y me dan... movimientos... con bolsillos...

CAE EL TALON.

Leer esto, cojer todos los ejemplares del drama, dar con ellos y con el original en el fuego... fue obra de un instante.

—¡Bravísimo! dijo mi amigo, entrando al mismo tiempo. Eso se llama abrazar una resolución heroica. Lo que no pudieron mis ruegos, lo han conseguido las erratas del cajista. Dale mil gracias á Dios por haberme proporcionado un hombre semejante, y á mi por no haber corregido las pruebas. Con esto se ha inutilizado la edicion, y el público no verá ese disparate dramático. Tu drama era desatinado, amigo mio.

—¿Cómo es eso? exclamé: eso es una infamia, una alevosía, un complot... y es preciso que ahora, ahora mismo, me des una satisfacción.

—Ahí la tienes, me dijo y me puso en la mano un recibo firmado por el impresor. Los gastos de la impresión habían sido pagados por mi amigo... El resultado fue lanzarme en sus brazos y abrazar también al cajista. ¡Oh bienaventuradas erratas. A vosotras y á mi amigo soy deudor del mayor beneficio que he recibido en mi vida.

D. Y.

Disueltas ó de vacaciones las compañías de los teatros, nada ofrecen estos que debamos comunicar á nuestros lectores; en la Cruz ha comenzado á trabajar con poca fortuna una compañía de ópera, que dudamos se sostenga toda la temporada de verano; en el Museo ha empezado también á dar funciones otra de aficionados, que tiene mas probabilidades de desgraciarse que los que la han precedido en este teatro de mal agüero.

Entre tanto á Mr. Paul no le ha fallado concurrencia, especialmente los días festivos, á pesar de que las funciones del Circo han carecido de novedad hasta la presentación del *distinguido artista Kioumy*, magnífico y sábio elefante que dócil y obediente ejecuta los mandatos de su maestro, haciendo ejercicios y movimientos con la trompa con facilidad y bastante soltura. Es de creer que Mr. Paul no se arrepienta del viaje del nuevo individuo, con que ha aumentado la compañía, y que el público se arrebatase las entradas y suelte dulcemente la moneda, como acostumbra siempre que el director del Circo busca algun medio ingenioso de llamarle la atención.